



LA SOCIEDAD RURAL EN MARRUECOS

UNA MIRADA A LA RIBERA SUR DEL MEDITERRÁNEO

Thierry Desrues

Instituto de Estudios Sociales Avanzados (IESA)
Consejo Superior de Investigaciones Científicas (CSIC)

Zakaria Kadiri

Facultad de Letras y Ciencias Humanas «Aïn Chock»
Hassan II University of Casablanca

Resumen

En este capítulo se analiza la sociedad rural de Marruecos (sus características físicas, económicas y sociales) prestando una especial atención al papel que desempeñan las nuevas generaciones. Tras exponer la gran diversidad de paisajes y ecosistemas del medio rural marroquí, se señalan la fuerte interacción rural-urbana que se da en esos territorios, gracias al entramado de pueblos grandes (agrocidades) que se extienden por doquier, intercalados con aldeas y pequeños municipios. Se señalan también la gran movilidad de la población rural, en especial de los jóvenes, que se desplazan a las ciudades por razones económicas o de estudios, y retornan a sus lugares de origen. Impregnados de la cultura urbana y decididos a emprender nuevos proyectos de vida que les den autonomía frente a sus familias y reconocimiento social en el conjunto de la comunidad, los jóvenes rurales son hoy un importante vector de cambio en Marruecos. El capítulo finaliza analizando el papel de las mujeres rurales y su decidido empeño en acceder a su autonomía personal y económica gracias a la pluriactividad, haciendo frente a las brechas de género que subsisten en la sociedad rural marroquí.

Abstract

This chapter analyses rural society in Morocco (its physical, economic and social characteristics), paying special attention to the role played by the new generations. After reviewing the great landscape and ecosystem diversity of rural Morocco, the authors point out the strong rural-urban interaction that exists in these territories, thanks to the mesh of large towns (agro-cities) scattered over the territory, and interspersed villages and small towns. Attention is also called to the high mobility of the rural population, especially among the young, who migrate to the cities for economic reasons or to study and then return to their hometowns. Imbued with the urban culture and determined to embark on new life projects that can give them independence from their families and social recognition in their communities, rural youths are today an important vector for change in Morocco. The chapter concludes by analyzing the role of rural women and their determined efforts to achieve personal and economic autonomy through multiple occupations, taking on the gender gaps that persist in Moroccan rural society.

1. Introducción

La sociedad rural en Marruecos es una realidad compleja y de muy diversas facetas. Los hábitats, las vías de comunicación y las actividades productivas forman ecosistemas complejos y diversos a los que hay que añadir las representaciones individuales y colectivas de los que viven en esos territorios. Además, el mundo rural marroquí experimenta cambios constantes entre lo que era, lo que es y lo que será, y ello tanto en el área de la producción, como en el de las relaciones entre hombres y mujeres y entre las distintas generaciones. También se manifiesta ese dinamismo en las relaciones con otros espacios geográficos, sean los pueblos y ciudades circundantes, sean las regiones más alejadas o incluso los países extranjeros adonde emigra una buena parte de su población rural.

En la época de la sociedad de la información y de las nuevas tecnologías de la comunicación, el medio rural marroquí no puede ya ser analizado como un espacio aislado, pues se integra en

un mundo global y abierto, experimentando, al igual que otros territorios, los procesos típicos de estandarización de los modos de vida.

En Marruecos, el medio rural es, ante todo, un medio físico y climático, que ofrece posibilidades para el desarrollo de una gran variedad de actividades, pero que también dificulta el desarrollo de otras, debido a las limitaciones impuestas por la diversidad de sus paisajes y ecosistemas. Esa diversidad ha condicionado, desde siempre, los intercambios entre las regiones marroquíes, unos intercambios que han sido articulados por los centenares de *zocos* (mercados) extendidos por el territorio rural con sus citas semanales inamovibles e ineludibles para la población (Troin, 1975).

Resaltando como uno de sus más característicos rasgos la diversidad social esparcida en hábitats dispersos o agrupados en aldeas, villas o pueblos grandes, predominan en ellos las actividades agrarias, siendo los niveles de infraestructuras, equipamientos y servicios públicos bastante más bajos que en las ciudades.

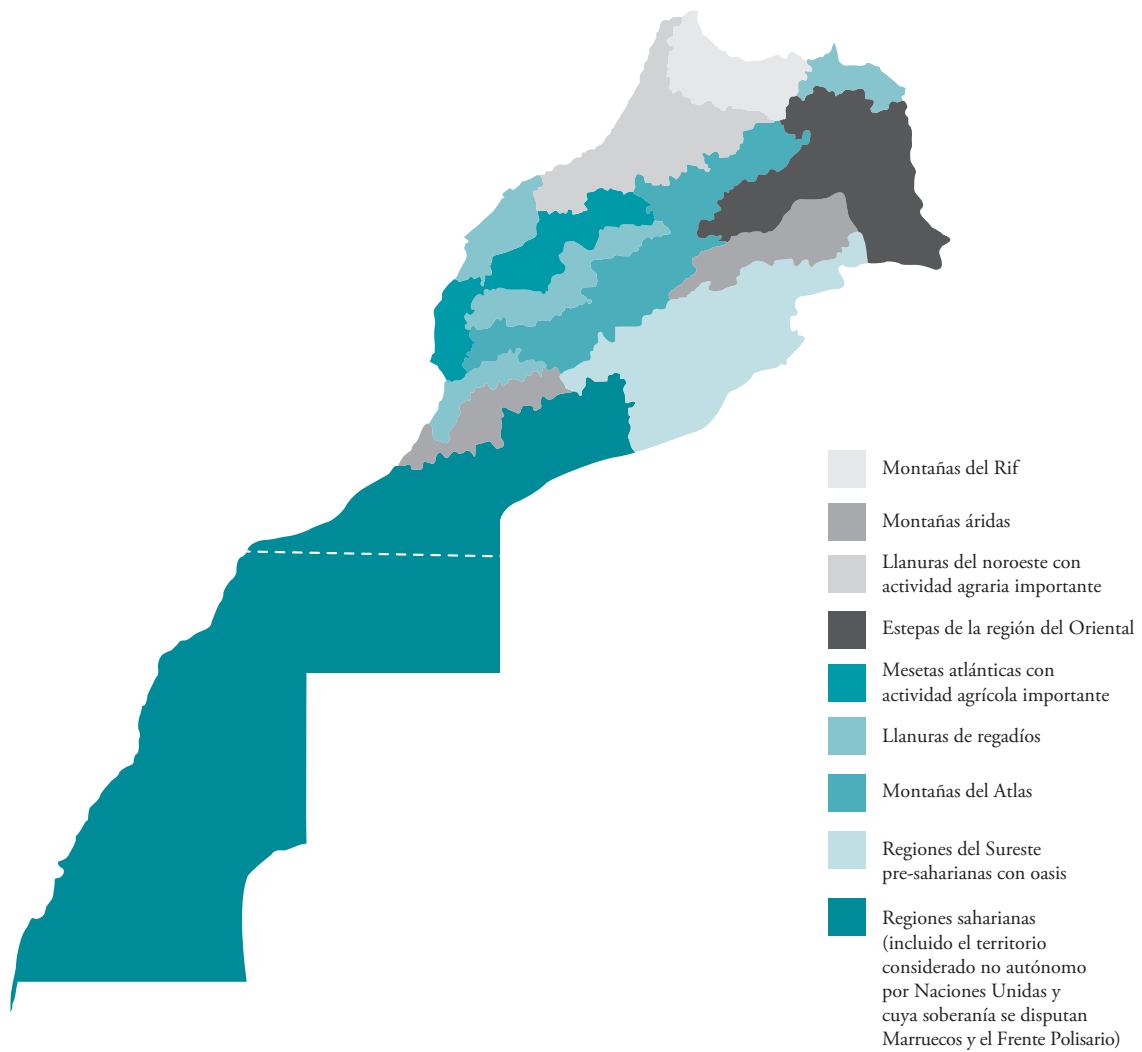
Si bien la aldea, el pueblo o el mercado local ya no son los únicos lugares de referencia para comprender la sociedad rural de Marruecos al estar muy influida por sus intercambios con el medio urbano, es un hecho que la agricultura sigue siendo la principal actividad del medio rural (72 % del empleo en 2014). No obstante, es una actividad envuelta en profundos procesos de cambio para satisfacer el abastecimiento de alimentos a la ciudad, así como a las exportaciones agrícolas, articulándose con otras actividades, como la construcción (13,8 %) o los servicios (12,5 % del empleo). Igualmente, su peso en el PIB es relevante con una media anual del 13 % a lo largo del último decenio, aunque oscile según las regiones (19 % para Fez-Mequínez o Beni Melal-Jenifra) y la climatología (11 a 19 % según los años).

Aunque la población marroquí sea mayoritariamente urbana (60,4 %), es aún relevante la que vive en el mundo rural (39,6 %) (RGPH, 2014). Además, el volumen de la población rural permanece constante desde hace tres décadas (13 millones de personas), estando muy marcada por la presencia creciente en ella de la juventud. En ese contexto, los jóvenes rurales marroquíes, que se caracterizan por su movilidad territorial y por su creciente acceso a la educación desempeñan un rol preponderante en los desafíos que afronta el medio rural en Marruecos. Finalmente, y para cerrar estas líneas introductorias, cabe señalar que el medio rural conserva un peso político no despreciable, como se ha puesto de manifiesto en las últimas elecciones locales y legislativas del pasado 8 de septiembre de 2021.

2. Diversidad de paisajes y de ecosistemas

Marruecos es un país que limita al norte con el Mar Mediterráneo, al oeste con el Océano Atlántico, al sur con el desierto del Sáhara, y al este con las montañas del Atlas. El medio rural se extiende en tres grandes espacios geográficos: i) el espacio de planicies atlánticas y fluviales más o menos regadas; ii) el espacio de las estepas más o menos habitadas; y iii) el espacio de montañas más o menos elevadas y densamente pobladas (Rif, Medio-Atlas y Alto-Atlas, con la excepción del Anti-Atlas, que experimenta un fuerte proceso de emigración) (ver Mapa 1).

Mapa 1. Paisajes agroecológicos de Marruecos



Fuente: *Atlas du Maroc 2^a édition. Elaboración propia.*

El espacio montañoso ocupa más de un tercio del territorio de Marruecos. En el extremo norte, el Rif es una montaña relativamente elevada (cerca de 2.500 metros de altitud), pero con formas bastante abruptas según la mayor o menor profundidad de los valles. La región del Medio-Atlas es un conjunto flanqueado por altas mesetas y separado por vastas cuencas. Al este domina el valle de la Muluya, aunque está precedido al oeste por altas mesetas. En el extremo meridional del país, la región del Anti-Atlas, prolongada por el macizo Sagho, está conectada al Alto-Atlas por un antiguo volcán (Sirua), y se extiende desde el suroeste al nordeste a lo largo de 700 km. Sus cimas son superiores a los 3.000 metros de altitud, y la altitud elevada de los picos y cimas y el encapsulamiento de los valles, hacen que sea difícil franquearlos. Se elevan por encima de mesetas que dominan, como gigantescos acantilados, los valles y planicies como la de Tamlelt.

Los climas mediterráneos, atlánticos y semiáridos de Marruecos han sido favorables o desfavorables al poblamiento y la actividad humana según el rigor de la sequía estival. La vegetación natural está evidentemente relacionada con estos tipos de clima. Las zonas húmedas, en las que la pluviometría supera los 800 litros anuales de lluvia, comprenden el eje Rif-Medio Atlas, donde se suceden bosques de cedros, abetos, robles, alcornocques... Por encima de los 1.500 metros, la nieve puede durar dos meses. Las zonas subhúmedas, entre 800 y 500 litros de lluvia anual, cubren el pre-Rif y las planicies atlánticas hasta cerca de Casablanca: es la zona de los grandes cultivos cerealistas de secano, alternándose los cultivos de otoño y los de primavera en suelos fértiles, mientras que, sobre suelos arenosos, se ha mantenido, en la Mamora, al norte de Rabat, el único gran bosque de alcornoco en tierras marroquíes.

Los principales cursos de agua son muchas veces de caudal irregular, alternando violentas crecidas en invierno con escuálidos arroyos en verano (ningún río de Marruecos es navegable). El río Muluya al este del Rif desemboca en el Mediterráneo. Los ríos Sebu, Bu Regreg y Um ar-Rebia descienden del Medio-Atlas para atravesar el centro del país hacia la costa atlántica y las ciudades de Larache, Rabat-Salé y Casablanca. Más al sur, los ríos Tensift y Sus nacen en el Alto-Atlas para desembocar en el océano Atlántico. Gracias a la multiplicación de las presas y pequeños embalses, los cursos de agua son muy utilizados para el regadío de las tierras agrícolas y/o para producir energía hidroeléctrica.

En las zonas semiáridas, con lluvias de entre 500-300 litros de agua al año (Saís al norte de la ciudad de Fes, las planicies atlánticas de la Chauía, parte septentrional de la Oriental), las áreas de cultivos de secano son ya muy elevadas, mientras que más al sur de Essauira en Ifni la sequía de las tierras es atenuada por el argán, ese árbol autóctono del que se obtiene un aceite muy apreciado por sus propiedades cosméticas.

Cada uno de esos grandes espacios físicos está marcado por diversos tipos de ruralidad, atravesados a su vez por diversos sistemas agrícolas y caracterizados por sus relaciones con las grandes ciudades que se asientan en el territorio. El mundo rural marroquí no puede, por tanto, comprenderse más que en relación con la actividad agraria y la sociedad que lo rodea (Pascon, 1971), que es el mundo de la ciudad y la vida urbana. Y en esto Marruecos no es una excepción a otros países.

3. El mundo rural y su conexión con el medio urbano

Como hemos señalado, lo rural comienza muchas veces sin transición a la salida de las ciudades para ir formando zonas salpicadas de aldeas (*douars*), granjas y construcciones de almacenes y cobertizos. Se observan también conjuntos dispersos de viviendas precarias entre las cuales de vez en cuando aparecen antiguos edificios coloniales o las nuevas mansiones de los aldeanos que se marcharon de sus pueblos o de las élites urbanas que invierten en zonas cercanas a la ciudad. Conforme nos adentramos en el campo, vemos cómo los edificios van dejando su lugar a los hábitats diseminados, a los pueblos y las aldeas.

En la proximidad de las grandes ciudades y áreas de litoral, se observa desde varias décadas el crecimiento de barrios residenciales de segunda vivienda, así como edificaciones construidas de forma ilegal. La población rural de estas zonas ocupadas por el proceso de urbanización, ve sus tierras agrícolas esquiladas, pero ve también cómo se aprovecha la vitalidad social y económica que emerge de las actividades residenciales y turísticas.

La concentración demográfica en las zonas de litoral es un rasgo estructural que ha ido creciendo desde el comienzo de la colonización europea y el traslado de la capital político-administrativa de Fez a Rabat (1912). Se trata de un flujo constante de la población hacia las ciudades de Nador y el eje Tánger-Tetuán al norte y las extremidades del Rif. Este proceso de urbanización del litoral es aun más relevante en la fachada atlántica en torno a grandes polos de desarrollo de la conurbación central (Casablanca-Kenitra), pone en colisión, de un lado, el atractivo que ejercen las actividades turísticas y de ocio asociadas al mar, y de otro, las actividades agrarias ligadas muchas veces a una horticultura cuya producción se dirige tanto al aprovisionamiento de las ciudades, como a la exportación. Esta especialización productiva del medio rural periurbano y litoral, genera numerosos empleos, por lo general temporales, pero es también una importante consumidora de recursos hídricos.

Más al interior del país, las ciudades de Fez y Mequinez irradian su influencia en las llanuras circundantes y en las montañas del Medio-Atlas, mientras que la autovía los sitúa a dos horas en coche de la capital Rabat. Por su parte, Marrakech se orienta hacia el Alto-Atlas y el océano Atlántico, gracias a las infraestructuras de comunicación con Casablanca. Las ciudades de Agadir y Essauira en el sur, así como Uxda al noreste y Beni-Melal en el centro del país, completan esta fotografía del dinamismo demográfico y de la articulación del mundo rural con las grandes ciudades de Marruecos.

Entre estas grandes ciudades, hay numerosas ciudades medias y pueblos de mediano tamaño (agrocidades) que entretejen el territorio junto una red de centros de servicios a la población rural, aldeas y *zocos* semanales. El medio rural es atravesado también por las grandes infraestructuras viarias y del ferrocarril, que contrastan con el estado de las carreteras secundarias o pistas sin asfaltar que articulan la red de aldeas y municipios rurales.

No obstante, hay que recordar que, además de esas zonas rurales bien conectadas con el medio urbano, existen amplias zonas de más baja densidad demográfica caracterizadas por

problemas de comunicación y accesibilidad (general o temporal) y por tener unas difíciles condiciones de vida. Es el caso de las zonas en torno a los macizos de montaña del Rif y del Alto-Atlas, que actúan como barreras donde las limitaciones físicas determinan los asentamientos de la población (altitud, relieve, hidrografía...), y los regímenes climáticos (continentales o mediterráneos) condicionan, y mucho, el tipo de ruralidad.

Esto hace que persista un dualismo rural-urbano en el interior de Marruecos, donde el *douar* (aldea) sigue siendo el hábitat que aún caracteriza el medio rural marroquí. Más de 32.000 aldeas, que agrupan desde una decena a una centena de familias, forman la unidad básica en torno a una homogeneidad étnica o tribal en la que la mezquita es el lugar de culto, pero también de debates y de gestión de los asuntos de la colectividad.

Debido a sus evidentes carencias endémicas en infraestructuras y servicios básicos, distintas políticas públicas han intentado articular estas aldeas con otras escalas administrativas y territoriales reagrupándolas en nuevas comunas rurales (hoy unas 1.282) a las que dotan de servicios administrativos, sanitarios, educativos y culturales, facilitando el desarrollo de centros de población de tamaño medio. Además de los típicos rasgos de la arquitectura urbana (avenida principal con sus edificios públicos, sus hoteles y servicios bancarios), el traslado de funcionarios a estos nuevos municipios ha introducido mayor heterogeneidad social y de origen geográfico. Sin embargo, los nuevos municipios urbanos siguen estando marcados a menudo por el peso del sector agrario y muestran los rasgos morfológicos y funcionales de las ya comentadas «agrociudades» (López Casero, 1989).

Esta política, destinada o bien a potenciar la creación de pueblos más grandes, llamados a convertirse en capitales de provincia (unas 61, con una población que oscila entre unos pocos miles de habitantes a más de cien mil), o bien a apoyar a los municipios ya existentes para acercar los servicios administrativos a la población descongestionando así las grandes ciudades, ha tenido cierto éxito, aunque no haya evitado que se mantenga, como hemos señalado, un fuerte dualismo entre las zonas rurales y las urbanas.

4. El éxodo rural y sus efectos en el medio urbano

En 2014, la población marroquí era de poco más de 32 millones de habitantes, de los cuales 13 millones vivían en el medio rural. El mantenimiento de unas altas tasas de fecundidad en el ámbito rural hasta final de los años 1990 (pasando de 6,6 en 1982 a 4,0 en 1998) explica que la población rural se haya multiplicado por casi un 1,5 desde 1960 (8,2 millones) hasta 2004, para estabilizarse luego, mientras que la urbana se ha multiplicado por 6 (3,4 millones en 1960 frente a 20 millones en 2014).

No obstante, hay que tener en cuenta dos fenómenos que matizan esos datos generales. El primero es que el alto índice de fecundidad ha contribuido al incremento de la población rural en los cuatro primeros decenios posteriores a la independencia del país (1956), lo cual

provocó una presión creciente sobre recursos tales como la tierra y el agua, que no son elásticos. Al mismo tiempo, esta reserva de mano de obra rural no ha incentivado el crecimiento de la productividad agrícola y la diversificación económica del medio rural, en el que el 74 % de la población se dedica a la agricultura.

Además, la estructura agraria es muy compleja y muy desigual, debido a los distintos sistemas de gestión, tenencia y propiedad de la tierra (colectivo, privado, arrendado...). El 70 % de los agricultores detentan menos del 25 % de la superficie, en explotaciones inferiores a 5 hectáreas. Fuera de las zonas de regadío, estos pequeños agricultores no pueden vivir de sus explotaciones y, dada su condición de población pobre, son los primeros candidatos al éxodo rural.

De ahí que el segundo de los fenómenos mencionados se refiera a las consecuencias que la presión demográfica en el medio rural tiene en el medio urbano. En efecto, la tasa de fecundidad en el ámbito urbano ha caído drásticamente desde mediados de los años 1990 hasta nuestros días (pasando de 4,2 en 1982 a 2,0 en 2014), por lo que, tal como muestran los datos relativos a los movimientos migratorios del campo a la ciudad, el éxodo rural ha sido el principal responsable de la urbanización creciente del país. Durante los años 1970, una media de 130.000 personas salían anualmente del campo; 156.000 en los años 1980 (con un pico de hasta 270.000 en 1987), para estabilizarse alrededor de 100.000 en los años 1990.

El éxodo rural afecta las regiones de forma diferenciada y con mayor incidencia en las más débil potencial agrícola o mayor riesgo climatológico, es decir, las mesetas de Zemmur (cerca de Rabat y Sale), Abda (El Jadida) y Sragna, las zonas montañosas (en particular, el Rif oriental) y el Anti-Atlas y los oasis que experimentan una fuerte emigración. En contraste, las planicies agrícolas como el Gharb continúan estando bastante pobladas.

Tabla 1. Estructura de las explotaciones agrarias

Tipo	Explotaciones		Superficie	
	Número	Censadas %	Agrícola útil %	Regada %
Micro-explotaciones ≤3 ha	760.000	50,9	12,6	5
Explotaciones pequeñas y medianas 3 ≤ 50 ha	660.000	48,4	72	64
Grandes 50 ha <	11.000	0,7	15,4	31
Total	1.431.000	100	100	100

Fuente: *Ministerio de Agricultura, Desarrollo Rural y Pesca Marítima (MADRPM: 1998).*

Las consecuencias del éxodo rural son graves, sobre todo cuando se agudizan en período de sequía. Y son graves no solo porque transfieren los problemas del paro del medio rural al medio urbano, que no puede absorber esta mano de obra, sino también porque, en términos de capital humano, afectan principalmente a la población más joven y dinámica, y, por tanto, la más susceptible de responder a las políticas de modernización agrícola y rural. Por ello, la emigración no resuelve el problema de la viabilidad económica de las explotaciones agrarias. En efecto, dado que el abandono de la agricultura se inscribe muchas veces en una estrategia de supervivencia familiar que implica a todos los miembros de la familia, permitiendo compartir los riesgos y diversificar las rentas no agrarias, el fenómeno migratorio contribuye, en definitiva, a la reproducción de la gestión patriarcal de la explotación familiar.

En resumen, los problemas de las ciudades, que llaman la atención del poder público solo en razón de los riesgos de inestabilidad social que ellos implican, tienen en buena medida su origen en las carencias del medio rural, en el déficit de infraestructuras y en la saturación del sector agrario en su modo de producción actual. Por ello, los poderes públicos han procurado prestarle atención a través de diversas acciones y programas de intervención.

5. Las políticas agrarias y rurales

Tras la independencia en 1956, Marruecos basó el desarrollo de su economía en la agricultura, descartando, a diferencia de otros países, la puesta en marcha de una reforma agraria basada en la redistribución o la colectivización de las tierras y los medios de producción, tan boga en los años 1960 y 1970 (Desrues, 2004).

El rey Hassan II siempre fue consciente del rédito político que podría obtener la oposición política de izquierda con la reivindicación de la reforma agraria, y también tuvo conciencia de la consecuente pérdida de apoyo de los terratenientes hacia la monarquía si cedía en ese tema. Por ello, Hasan II siempre consideró el desarrollo de la agricultura como un importante vector de crecimiento de la economía marroquí, fomentado, para ello, una política agraria que se marcó como objetivo la puesta en riego de un millón de hectáreas. Pero siempre procuró evitar políticas de desarrollo que implicaran cambios en la estructura social agraria y, con ellos, una aceleración de los procesos de cambio social y político (Desrues, 2004).

Por ello, las políticas agrarias y rurales en Marruecos han priorizado durante muchos años acciones de modernización en las zonas fluviales y en las grandes llanuras regables, concentrando en ellas las inversiones y los recursos técnicos y humanos, modificando los paisajes, los tipos de producción, los tipos de hábitats y las infraestructuras. No obstante, ha sido una política muy selectiva, ya que el regadío, que ha sido la base de la seguridad alimentaria en Marruecos, solo cubre el 10 % de la superficie agraria útil.

En los primeros años del reinado de Mohamed VI (1999), la prioridad en su política de lucha contra la pobreza fue apoyar el desarrollo de las zonas rurales (al igual que el de las

zonas urbanas frágiles), pero con un enfoque bastante alejado de la política agraria en sentido estricto. Así, en mayo de 2005, lanzó la llamada Iniciativa Nacional para el Desarrollo Humano (INDH), destinada a 360 municipios rurales y 3,5 millones de personas, identificadas gracias al mapa elaborado en 2004 sobre la pobreza en cada municipio. El sector agrario quedó, como consecuencia de ello, en un segundo plano dentro de la INDH, hasta que se anunció en abril de 2008 el llamado «Plan Maroc Vert» (PMV).

El PMV ha invertido cerca de 10.000 millones de euros en el periodo 2008-2018 para impulsar la modernización de las explotaciones agrarias y su integración en las diversas *filières*, según la especialización productiva de cada territorio (cereales, olivar y aceite de oliva, frutas y hortalizas...)¹. Además de la adopción de diversas reformas administrativas con la creación de nuevos organismos y agencias estatales, las inversiones públicas se han centrado en las infraestructuras de riego (60 %) y en el apoyo a los modelos asociativos (15 %) y las *filières* productivas (13 %).

El PMV presenta un balance diferente según la perspectiva desde la que se evalúe. En términos generales, cabe afirmar que ha permitido mejorar la productividad del sector agrario, su organización y el nivel de renta de los agricultores, así como las exportaciones. Ha permitido, además, que la contribución de la agricultura al PIB siga siendo relevante, con una media del 14 % al año, y que este sector se vea menos afectado por la variabilidad anual tan característica (tradicionalmente, su contribución oscilaba entre el 11 y el 19 % según los cambios climatológicos). Siendo esto cierto, también lo es que el plan ha favorecido, sobre todo, a la minoría de explotaciones dedicadas a la agricultura de tipo capitalista, consolidando una clase media de agricultores «modernos», gracias al modelo de producción intensiva y orientado a los mercados internacionales que el plan ha propiciado.

En este sentido, cabe señalar que, a pesar de sus éxitos indudables, el PMV ha hecho aflorar problemas de sostenibilidad ambiental, sobre todo en los sectores de frutas y hortalizas, debido al gran consumo de agua que implican, además de problemas de gestión en el conjunto de las explotaciones. En este último sentido es un hecho que, si bien el PMV ha dado prioridad a las explotaciones con mayor potencialidad productiva, las «no competitivas» se han podido beneficiar de acciones subsidiarias bajo el capítulo «ayuda solidaria» a fin de responder mediante programas de desarrollo local a los problemas específicos que tenían que afrontar. Sin embargo, excluidas por su tamaño y su localización territorial al acceso a las infraestructuras, y con serias dificultades para desarrollar su capital humano, es también cierto que las acciones puntuales de desarrollo local del PMV han contribuido muy poco a aumentar la viabilidad económica de este tipo de explotaciones. Con una insuficiente dotación presupuestaria para afrontar las grandes necesidades de este amplio grupo de agricultores con explotaciones no competitivas, el programa de apoyo ha tenido, paradójicamente, el efecto indirecto de prolongar lentamente la vida de este tipo de agricultura campesina y, de paso, asegurar la disponibilidad de mano de obra en los campos marroquíes, ralentizando así el éxodo rural (Desrues y Moreno Nieto, 2011).

¹ Para un balance sintético del PMV véase MAPMDREF (2020).

Tras diez años de vigencia del PMV, se reconoce que un factor clave para que puedan alcanzarse los objetivos planteados en materia de intensificación y sostenibilidad de las explotaciones, es la incorporación de jóvenes agricultores, mejor formados y con mejores conocimientos técnicos que sus antecesores.

En 2020, y con ese propósito, el gobierno marroquí lanzó una nueva estrategia agrícola en sustitución del PMV. Es la llamada «Generation Green 2020-2030» que plantea consolidar los logros de los últimos años, al tiempo que corregir las insuficiencias de la política precedente dando un salto cualitativo en términos de capital humano y tecnológico. Se apoya en dos pilares: un primer pilar, que da prioridad al factor humano, y un segundo pilar, orientado al desarrollo agrario.

El éxito de ambos pilares descansa en la liberalización de un millón de hectáreas de propiedad colectiva, cambiando su estatuto jurídico de tierras tribales por el de propiedad privada, y concentrando en ellas una buena parte de las inversiones. También depende de la instalación de 180.000 jóvenes agricultores para asegurar el relevo generacional en un sector en el que 360.000 titulares (más del 20 %) tienen más de 65 años, previéndose la instalación de 150.000 jóvenes más en los próximos diez años.

Esta nueva estrategia de desarrollo agrario se verá influida probablemente por el nuevo modelo de desarrollo económico y social que pretende promover el rey Mohamed VI en los próximos años y que se basa en el Informe elaborado en 2021 por un comité de expertos. Partiendo de un balance de las estrategias anteriores, dicho Informe hace hincapié en la necesidad de seguir avanzando en el desarrollo integral del mundo rural marroquí, reconociendo los límites de un enfoque demasiado centrado en la modernización técnica del sector agrario. Asimismo, el Informe coincide con el plan «Generación Green 2020-2030» en el objetivo de apostar por la juventud como vector para la constitución de una clase media rural moderna y de un sector agrario moderno y profesionalizado.

6. La juventud rural y las nuevas dinámicas generacionales

El medio rural de Marruecos se caracteriza por ser una sociedad joven. Sin embargo, cuando se habla de la juventud rural es necesario distinguir tres grupos de jóvenes y tener en cuenta las relaciones intergeneracionales y las brechas de género que aún siguen vigentes. Los niños de edad infantil, entre 7 y los 12-14 años, están en su inmensa mayoría escolarizados en los primeros años del ciclo de primaria, si bien las tasas de escolarización dependen de la distancia a las escuelas, que, además, padecen un grave déficit de infraestructuras (calefacción, comedor, mobiliario...), y dependen también del trabajo en el campo y la climatología².

Entre los adolescentes de 12-18 años, solo la mitad de ellos están escolarizados (equivalente al primer ciclo español de secundaria), beneficiándose sobre todo los varones. Una

² Los datos que se utilizan en este apartado provienen de «Enquête nationale sur la population et la santé familiale» (ENSPSF-1998) (1998).

parte importante de las chicas del medio rural está entrando en la edad en la que se prioriza su contribución a las tareas del hogar y de la explotación agraria familiar, bien como ayuda familiar o como asalariada, y en la que se tiene en cuenta la perspectiva de un futuro matrimonio. Por ello, un tercio de los adolescentes abandonan el sistema educativo tras el colegio y solo una minoría entra en el ciclo de secundaria de formación profesional o de formación general (14,7 %), que es la puerta que conduce al bachillerato y de ahí a la enseñanza superior, adonde llega solo una pequeña minoría de los jóvenes rurales (5,5 %).

Para la sociedad rural marroquí, la condición de joven no obedece solo a criterios estadísticos basados en una determinada edad, sino que está estrechamente vinculada al sexo (varón *versus* mujer), a la condición de jefe del hogar y a las responsabilidades profesionales. Si bien las jerarquías tradicionales siguen vigentes alrededor de criterios relacionados con la edad, la propiedad de la tierra y la responsabilidad de la gestión de las explotaciones, lo cierto es que estas jerarquías son renegociadas entre las generaciones a través de diversas fórmulas que permiten así asociar a los jóvenes a las actividades productivas dentro y fuera de la agricultura.

Existe, pues, una variedad de dinámicas complejas y, debido al peso de la agricultura en el mundo rural marroquí, están en gran parte ligadas a las políticas agrarias, a los planes de mejora de las infraestructuras y a la ampliación del acceso al conocimiento por parte de los jóvenes. Así, el acceso a la educación y el conocimiento de los jóvenes rurales es, sobre todo, una de las condiciones necesarias para la modernización del sector agrario tan deseada por la Administración. Ello plantea el tema de la profesionalización de los titulares de las explotaciones y también el de la diversificación económica del mundo rural como vías posibles de gestionar la presión social que ejerce la población en estos territorios.

La perspectiva de constituir una clase media rural, inducida, de un lado, por la integración de la agricultura marroquí en el sistema agro-industrial y exportador y, de otro, por la pluriactividad y multifuncionalidad de las zonas de agricultura de subsistencia, sitúa a las nuevas generaciones en un lugar central. Esto es así porque esa doble estrategia producirá cambios en la estructura jerárquica tradicional en que se basa el sector agrario marroquí, cambios que pueden extenderse al conjunto de las comunidades locales, donde aún pervive una distribución de roles en función del género.

Siguiendo la estratificación social agraria y el nivel alcanzado de estudios podemos destacar diversos estatus entre los jóvenes: por un lado, los que trabajan bien como titulares de explotaciones, bien como ayudas familiares o bien como asalariados agrícolas (Bossenbroek y Aït Mouss, 2016; Bossenbroek, 2019) y, por otro lado, los que han cursado estudios y tienen intención de salir del sector agrario e incluso de emigrar a la ciudad. Estos dos estatus permean el conjunto de la juventud rural marroquí, y ambos pueden combinarse de forma simultánea y ser complementados por una actividad no agraria o por otras estrategias (Ftouhi, Kadiri y Mahdi, 2020).

El desarrollo agrario es liderado por una clase emergente de jóvenes empresarios agrícolas que está más preocupada por los intereses de sus explotaciones y el acceso al crédito o a las

subvenciones, que por las cuestiones relacionadas con la moral campesina tradicional. Sin embargo, aunque estos nuevos agricultores están menos ligados a la comunidad local que sus antecesores, ellos representan un capital humano que, según experiencias anteriores en Marruecos (Desrues, 2004), contribuye a renovar los órganos de representación de la profesión (cooperativas, cámaras agrarias, organizaciones profesionales...), así como las instancias políticas locales (ayuntamientos, diputaciones provinciales...) (Ftouhi, Kadiri y Mahdi, 2020).

Al lado de estos jóvenes agricultores con un perfil empresarial, los jóvenes rurales que no son titulares de explotaciones viables o que no pueden convertirse en empresarios agrícolas, exigen desde hace tiempo ser remunerados por el trabajo que realizan en sus explotaciones o por los servicios que prestan al conjunto de la sociedad, además de exigir tener voz en los procesos de decisión, tanto en el seno de la familia, como en la comunidad local (Pascon y Bentahar, 1969). Ellos esperan que les llegue la hora de realizar sus aspiraciones y que el ciclo biológico generacional les permita acceder a la titularidad de la explotación familiar, buscando en caso contrario otras alternativas fuera de dicha explotación o incluso fuera de la agricultura.

La insatisfacción de los jóvenes rurales con la realidad en que viven, y el incierto futuro que tienen por delante, se observa con una intensidad particular en el caso de los jóvenes diplomados sin empleo que regresan a sus pueblos de origen. La posesión de un buen nivel de conocimiento, que ellos han adquirido en su educación secundaria e incluso superior, les hacen cuestionar la jerarquía de poder que ostentan los adultos, unas personas que, en no pocos casos, ni siquiera saben leer. No obstante, no cabe generalizar, ya que ni la confrontación entre generaciones ni la anomia de los jóvenes se dan con igual intensidad en el medio rural marroquí.

Es un hecho que cada vez más surgen espacios paralelos o alternativos a las estructuras tradicionales, unos espacios donde los jóvenes pueden expresar sus propias demandas e intereses. Podemos encontrar un buen ejemplo de esto en el aumento de las organizaciones de desarrollo rural, en las que los jóvenes ven una oportunidad para asumir roles de dirección y para convertirse en protagonistas de su propio destino. Cuando este tipo de asociaciones se ponen en marcha, se les abren a las jóvenes generaciones nuevas opciones de vida en el medio rural, distintas a la vía tradicional de la salida y la emigración.

Además de las estrategias utilizadas por los jóvenes rurales para negociar su participación en la producción agraria u otras actividades económicas, es un hecho que algunos jóvenes aspiran al liderazgo social. El dinamismo que evidencian a través de sus iniciativas de emprendimiento se plasma también a menudo en la participación en la vida asociativa de la aldea o comuna. Una serie de iniciativas, tales como el lanzamiento de la citada INDH en 2005 o la intervención de múltiples agencias de cooperación internacional que promueven el desarrollo social y económico en las zonas rurales desfavorecidas de Marruecos, se convierten en una ventana de oportunidad para muchos jóvenes que regresan a sus pueblos de origen después de haber pasado por el instituto de bachillerato o por la universidad.

Los jóvenes de mayor ambición han comprendido cómo el marco asociativo les permite acumular el capital social necesario para que su liderazgo sea reconocido socialmente por la

comunidad local y para poder satisfacer sus aspiraciones políticas (Ftouhi, Kadiri y Mahdi, 2020). Estos jóvenes tratan de escalar los sucesivos peldaños sectoriales y territoriales de la representación política (comunal, cámaras agrarias, diputaciones de la provincia...) y esta promoción pasa también por la vía de cooptación por los partidos políticos o por las élites locales y regionales. Sin embargo, el sistema electoral y la estructura social misma del Marruecos rural hacen que sus estrategias suelen encontrar pronto sus límites cuando el objetivo es ir más allá del marco local y dar el salto a la política provincial, regional e incluso nacional.

7. Capital patrimonial, capital social y capital humano

A la hora de plantear su futuro, lo primero que encuentran los jóvenes rurales que desean permanecer en sus lugares de origen y dedicarse a la agricultura es el problema de acceso a la tierra. Más allá de su elevado precio, es un hecho que, en muchas ocasiones, la tierra está en manos de los padres o de varios coherederos que comparten el derecho sobre ella en forma indivisa.

Esto explica que el estatus de ayuda familiar sea el más frecuente entre los jóvenes hijos de agricultores, y que sea esta la figura jurídica que acompaña a los jóvenes a lo largo de su vida y de su recorrido profesional, pues desde que alcanza la edad de trabajar, el joven participa en los trabajos de la explotación familiar. La implicación de las ayudas familiares en las explotaciones agrarias va desde la simple contribución física como trabajadores a la intervención en la toma de decisiones relativas a los cambios a introducir en su gestión, así como a las orientaciones productivas y al modo de realizar la cosecha y demás labores agrícolas. Para salir del estatus de ayuda familiar o para complementarlo, los jóvenes recurren muchas veces al arrendamiento de parcelas, ya sea de forma individual o asociativa.

Más allá del capital fundiario, los jóvenes necesitan otros capitales para poder desarrollar proyectos productivos viables e innovadores y para acceder a las distintas ayudas y subvenciones públicas, así como para crear cooperativas u otro tipo de asociaciones. Necesitan del capital humano, asentado en la formación y la educación recibidas, así como en las competencias de tipo técnico o gerencial adquiridas. Pero necesitan también de capital social, esto es, de las redes de confianza capaces de abrirles contactos y que facilitan el acceso a los apoyos públicos y privados. Por último, precisan del capital económico que permite la autofinanciación inicial o total mediante ingresos propios u obtenidos de la familia o conocidos.

Los jóvenes diplomados están en posición de ventaja respecto al resto de jóvenes rurales, debido a su más elevado nivel de estudios y debido también al hecho de haber vivido en la ciudad en la que han tenido ocasión de experimentar de forma más intensa la relación con la burocracia administrativa, incluso con el mundo asociativo. De ese modo, al capital social tradicional, ligado a las relaciones de vecindad y ayuda mutua entre agricultores, los jóvenes diplomados añaden su experiencia en el ámbito de las relaciones con la administración pública y las entidades de crédito agrícola, así como con otros jóvenes y con las élites rurales. Todo

ello forma una base de conocimiento que permite a estos jóvenes acceder con facilidad a los recursos públicos (por ejemplo, subvenciones para equipamiento agrícola, riego localizado...).

Además de lo anterior, es importante señalar también la presencia en el mundo rural de los asalariados no agrícolas con un cierto nivel de cualificación, un fenómeno este que tiende a generalizarse para las tareas que necesitan experiencia y conocimiento técnico. En las aldeas y los pueblos, después de la llegada de las oficinas de telefonía en los años 1990 (*teleboutique*) y, más tarde en 2000, los ciberespacios para conectarse a internet (cibercafés), comienzan hoy a ponerse en marcha cada vez con más frecuencia cafeterías y restaurantes más o menos equipados. Algunos se parecen más a salas de juego y de ocio, dotadas de billares y de TV último modelo, donde pueden seguirse los partidos de fútbol transmitidos por las cadenas de pago, informarse de la actualidad... Con esas actividades no agrarias, los jóvenes participan del proceso de urbanización de sus pueblos, acercando al campo los modos de vida de la ciudad.

Con el trabajo remunerado, los jóvenes consiguen no depender tanto de sus padres para vivir, como las generaciones precedentes, y logran además afirmar su posición en la comunidad local con una identidad propia, ligada a su actividad fuera de la explotación familiar. En consecuencia, la pluriactividad se convierte en un factor de cambio en las relaciones del joven con su padre. Al ampliar su margen de libertad y su poder de decisión, el joven mejora su estatus respecto a su progenitor: puede atreverse a cuestionar la autoridad paterna, a negociar e incluso a proponerle asociarse en determinados negocios y actividades.

Todo ello revela que el medio rural marroquí está sometido a fuertes tensiones bajo los efectos de los cambios inducidos por el acceso de los jóvenes a la enseñanza secundaria y superior, a la movilidad territorial y a las nuevas tecnologías de información y la comunicación con la cobertura de la red de telefonía móvil. Con las crecientes aspiraciones de consumo, de empleo asalariado o de mayor modernización de las explotaciones agrarias, los hogares se ven afectados por todo este proceso de cambio, actuando ellos mismos como catalizadores del mismo (Desrues y Moreno Nieto, 2009 y 2011; Abdellaoui *et al.*, 2015; Kadiri y Errahj, 2015; Bahri *et al.*, 2019).

8. Las jóvenes mujeres rurales

La condición de las mujeres del medio rural es bastante distinta de la de sus homólogos varones (Desrues y Nieto Moreno, 2009; Bossenbreok y Ait Mouss, 2016; Bossenbreok, 2017). En general, las jóvenes rurales tienen vocación de casarse y crear una familia para así cumplir con los roles tradicionales de esposa, madre, ama de casa y ayuda familiar o empleada generalmente en el sector agrícola. Para las mujeres, las tareas de ayuda familiar se suman a las del trabajo doméstico, siendo asumidas como una penosa obligación por las nuevas generaciones (Desrues y Nieto Moreno, 2009; Moreno Nieto, 2016).

Es un hecho que la única vía disponible para independizarse que les queda a las mujeres rurales marroquíes es la de emigrar a la ciudad o al extranjero. Sin embargo, las jóvenes solteras forman una parte importante de la mano de obra agrícola, sobre todo en las zonas de agricultura intensiva de frutas y hortalizas. También, dentro del matrimonio o del hogar familiar, muchas mujeres casadas emprenden iniciativas para desarrollar actividades agrícolas o artesanales. Además, para la minoría de mujeres que han podido estudiar, la creación de servicios educativos o la colaboración con asociaciones, cooperativas u ONG, abren nuevos horizontes.

La estratificación social en el medio rural marroquí hace que, debido a la identificación del trabajo asalariado femenino con las clases más pobres, las familias rurales más acomodadas se nieguen a que sus hijas trabajen como asalariadas en los campos de frutas y hortalizas externos a la explotación familiar, e incluso en las propias tierras de la familia. Prefieren que se ocupen en otras actividades o que simplemente se dediquen al trabajo doméstico en el hogar familiar. Aparte de las ayudas familiares, las asalariadas agrícolas proceden en su mayoría de hogares pobres (Bossenbroek, 2016). A menudo, tienen que desplazarse desde la aldea a las tierras agrícolas o incluso a otros municipios o regiones, atraídas por la oferta temporal de empleo en el sector de frutas y hortalizas destinadas a la exportación. En los campos predominan las mujeres jóvenes solteras o las viudas y divorciadas, mientras que en las plantas de almacenamiento encontramos con mayor frecuencia a mujeres casadas (Moreno Nieto, 2016). Para estas mujeres que trabajan en el sector de frutas y hortalizas, la movilidad ascendente dentro del sector agrario se limita a poder pasar de trabajar en el campo en las tareas de recolección a trabajar en los almacenes y plantas de embalaje y manipulación del producto.

Dado el peso de las normas sociales en el medio rural, las mujeres tienen que ganarse su autonomía dentro de la pareja. Dejando de lado las que se casan con un hombre suficientemente acomodado como para tener una ayuda en casa o con un hombre de la ciudad para escapar a su destino en el hogar familiar (Desrues y Moreno Nieto, 2009), las mujeres rurales marroquíes viven situaciones muy diversas, entre las que cabe destacar las que optan por un empleo asalariado o las que montan sus propias actividades productivas o de servicios. En caso de las mujeres casadas y asalariadas, disponen, a menudo, de su sueldo para mejorar la vida cotidiana de su hogar, mientras que las solteras suelen entregar su sueldo a sus padres (Moreno Nieto, 2016).

Otras alternativas para mejorar su condición pasan por desarrollar pequeñas producciones agrícolas y ganaderas (miel, queso, avicultura, cunicultura...) o bien labores de artesanado (textil). Aunque estas actividades son vistas generalmente por los hombres como marginales dentro de la explotación, lo cierto es que son muy importantes para las mujeres, ya que les permiten poner en valor un capital de conocimiento (saber leer, contar...), adquirir autonomía respecto a los varones y crear redes alternativas de relaciones sociales (con los técnicos de los centros de fomento agrario) y económicas (con los intermediarios, los comerciantes, los proveedores...). Con las rentas que obtienen de estas actividades, las mujeres mejoran la subsistencia de la familia, el equipamiento del hogar y su propio vestuario. Aunque no son siempre actividades muy rentables, lo importante es que permiten a las mujeres ocuparse en

actividades distintas de las domésticas y salir del hogar, e incluso temporalmente de la aldea, liberándose así del estatus de esposa y madre, responsable del buen funcionamiento de su hogar (presente o futuro).

Las que detentan un diploma escolar pueden dedicarse a la educación infantil, a los programas de alfabetización de adultos y a las actividades que promueven las ONG (Bahri, Bentaibi y Desrues, 2019). Estas actividades pasan, por lo general, por el tejido asociativo existente, aunque en muchos casos son también un vector posible para la creación de nuevas asociaciones, de guarderías o de escuelas privadas. Otras mujeres desarrollan actividades comerciales, como la apertura de panaderías, tiendas de comestibles o pequeños supermercados, peluquerías, cafeterías o espacios de ocio (salas para la organización de bodas, fiestas y recepciones).

La realización de estos proyectos está por lo general precedida de una experiencia de movilidad en la ciudad, donde la joven acumula el capital económico indispensable y donde adquiere los conocimientos necesarios. Estas actividades se acompañan muchas veces de acuerdos con los padres para preparar el «aterrizaje» en la aldea. En todos estos casos, la movilización de redes de capital social es un paso obligado para reclutar colaboradores o personal, obtener el capital financiero necesario y contar con la ayuda de la administración provincial, de los ayuntamientos y de otros actores de la sociedad local.

Esas actividades, y en concreto las que giran en torno a la educación, son en muchas ocasiones bastante precarias, pero revelan las aspiraciones de las jóvenes para hacer valer su formación en el seno de su comunidad y obtener así cierto reconocimiento social (Bahri, Bentaibi y Desrues, 2019). En cuanto a las que son hijas de agricultores, la promoción de este tipo de actividades no significa que ellas rompan los lazos con la explotación agraria familiar, puesto que suelen ser solicitadas muchas veces para participar en las tareas agrícolas, cosa que ellas aceptan, ya sea por la presión social, ya sea por el deber de ayudar a la familia.

Lo importante es que todas estas actividades suponen una ruptura del rol tradicional de las mujeres, centrado en ser cuidadoras del hogar y ayuda familiar en la explotación agraria, un papel siempre subordinado al control del padre o del marido. Elegir ese otro camino de mayor autonomía personal, requiere negociaciones, y es a menudo fuente de conflictos con el entorno social y familiar, sobre todo cuando implica que la mujer tenga que desplazarse fuera de la aldea, y en concreto a la ciudad.

A pesar de que las actividades que ellas desempeñan son un importante apoyo económico para el hogar, en raras ocasiones se les reconoce por los hombres. Incluso a nivel discursivo, las mujeres presentan estas actividades como marginales a pesar del esfuerzo que ellas tienen que realizar. En realidad, se trata de una astucia (argucia discursiva) para intentar acallar las protestas de sus maridos y padres. Prueba de ello es que, fuera de los círculos masculinos, las mujeres muestran con frecuencia una satisfacción real por estas actividades, valorando la oportunidad que les dan para reunirse y desarrollar relaciones con otras mujeres y hombres fuera del rol tradicional de esposa y madre.

Para las mujeres que han estudiado o trabajado fuera, tampoco el regreso a la granja, la aldea o el pueblo es siempre fácil. Al regresar al pueblo, ellas se ven de nuevo sujetas a un control social de la comunidad que les cuesta soportar de nuevo (Desrues y Moreno, 2009). La mirada de la comunidad hacia ellas también se percibe como llena de reproches hacia su experiencia, de tal modo que sus comportamientos, cuando se desvían de las costumbres locales, son achacados al hecho de haber salido del pueblo.

En suma, las iniciativas de las mujeres jóvenes son el reflejo de la creciente pluriactividad existente en amplias zonas rurales de Marruecos. Tales actividades consiguen diluir las fronteras entre el espacio público (masculino) y el espacio privado (femenino). Si bien permite que las mujeres amplíen sus horizontes personales y profesionales ganando así cierta autonomía (Bossenbroek *et al.*, 2015), también les supone tener que gestionar nuevos conflictos.

9. Conclusiones

La ruralidad en Marruecos es un fenómeno complejo, arraigado en una diversidad de territorios, estructuras productivas y estrategias de vida. Si bien la actividad agraria sigue predominando, esta se ve afectada por la circulación de las personas, las mercancías y las ideas de forma acelerada y simultánea mediante las redes sociales.

La presencia de las nuevas generaciones transforma la ruralidad marroquí, sobre todo porque han accedido en mayor proporción a la educación secundaria y, para una minoría, a la superior, y también porque han vivido experiencias vitales como estudiantes o trabajadores fuera de sus pueblos de origen, y a veces en regiones alejadas, incluso en el extranjero.

Lejos de ser un mundo cerrado e inmóvil y anclado en el pasado, el mundo rural de Marruecos es hoy atravesado por nuevas movilidades y por nuevas actividades productivas y de servicios, dirigidos a una población cada vez más conectada con nuevas experiencias individuales y colectivas. Las mujeres, y en particular, las mujeres jóvenes, no son ajenas a estas nuevas dinámicas. Al igual que los hombres jóvenes, ellas negocian continuamente su acceso al espacio público y a actividades que complementen la renta de sus hogares y les permitan ampliar su horizonte de vida y ganar autonomía.

Los jóvenes (mujeres y hombres) quieren transformar su entorno para que sus proyectos diversificados y abiertos al mundo les permitan, con su propia idiosincrasia, alcanzar mayor autonomía personal, acceder a servicios de consumo y actividades de ocio, reconfigurar sus relaciones con los mayores y con la comunidad local y, en definitiva, redefinir su papel en el territorio.

Así, las jóvenes generaciones rurales marroquíes tratan de liberarse del estatus de ayuda familiar para acceder a la condición de asalariado, o bien para asumir sus propias responsabilidades en el seno de la explotación o fuera de ella, o bien para encontrar un empleo público o privado, convirtiéndose en un empresario autónomo o participando en el mundo asociativo,

e incluso en la vida política local. Ellos están también dispuestos a desplazarse y a emigrar a otros lugares para mejorar sus condiciones de vida si no encuentran en su lugar de origen oportunidades para fraguar su futuro. Son conscientes de que las experiencias de movilidad geográfica les permiten acumular recursos, ganar experiencia laboral y dinero, ampliar sus contactos y vivencias con otras realidades.

Estas experiencias de movilidad geográfica de la aldea o el pueblo a otros lugares de Marruecos, hacia la gran ciudad o el extranjero, suelen mantener el vínculo con el lugar de origen mediante idas y venidas periódicas o el envío de dinero. Estas dinámicas son comunes tanto a los hombres jóvenes como a las mujeres, si bien tienen sus particularidades según el sexo. En efecto, las actividades de los jóvenes reflejan aún un mayor despliegue en el espacio público local, mientras que las mujeres siguen sometidas a las normas tradicionales de control social.

En este contexto, las estructuras del patriarcado y de la actividad agraria como actividad económica principal, son sometidas a fuertes tensiones y tienen que adaptarse para poder reproducirse, a sabiendas de que ya no serán iguales que antaño. A pesar de los conflictos que surgen en estos procesos, las generaciones mayores reconocen cada vez más la aportación que puede realizar la juventud a la dinamización de sus territorios.

Referencias bibliográficas

- ABDELLAOUI, E. H.; KADIRI, Z.; KUPER, M., Y QUAROUCH, H. (2015): «Composer avec l'État: voies d'engagement des jeunes diplômés dans l'agriculture au Maroc»; en *Cahiers Agricultures*, 24(6); pp. 356-362.
- BAHRI, N.; BENTAIBI A., Y DESRUES, T. (2019): «Changement social, Tic et associations de développement: communautés locales et genre»; en AZIZI, S. dir.: *L'Internet au Maroc: Militantismes, sociabilités et solidarités numériques*. L'Harmattan, Collection; pp. 127-152.
- BOSSENBROEK, L. (2016): *Behind the veil of agricultural modernization: gendered dynamics of rural change in the Saïss, Morocco*. Wagenigen, Den Haag.
- BOSSENBROEK, L. (2019): «Les ouvrières agricoles dans le Saïss au Maroc, actrices de changements sociaux?»; en *Alternatives rurales*, 7. Disponible en: <http://alternatives-rurales.org/les-ouvrieres-agricoles-dans-le-saïss-au-maroc-actrices-de-changements-sociaux/>
- BOSSENBROEK, L.; VAN DER PLOEG, J. D., Y ZWARTEVEEN, M. (2015): «Broken dreams? Youth experiences of agrarian change in Morocco's Saïss region»; en *Cahiers Agricultures*, 24(6); pp. 342-348. Disponible en: <https://www.cahiersagricultures.fr/articles/cagri/pdf/2015/06/cagri2015246p342.pdf>
- BOSSENBROEK, L. Y AÏT MOUSS, F. (2016): «Défis des jeunes ouvriers agricoles en Maroc»; en *Economia*, 27; pp. 35-39. Disponible en: <http://economia.ma/content/d%3%A9fis-des-jeunes-ouvriers-agricoles>
- DESRUES, T. (2004): *Estado y agricultura en Marruecos*. Madrid, MAPA, Serie Estudios.
- DESRUES, T. Y MORENO NIETO, J. (2011): «Complejidad y pluralidad de la sociedad marroquí: alcance y límites de las transformaciones sociales»; en DESRUES, T. Y HERNANDO DE LARRAMENDI, M. coords.: *Mohamed VI. Política y cambio social*. Córdoba, Editorial Almuzara; pp. 275-318.
- DESRUES, T. Y MORENO NIETO, J. (2009): «Representaciones, expectativas y estrategias vitales de mujeres jóvenes rurales en Marruecos»; en *Revista de Estudios Internacionales Mediterráneos* (REIM), 2/7; pp. 40-57.
- FTOUHI, H.; KADIRI, Z., Y MAHDI, M. (2020): «The civil society, the commune, the parliament: strategies for political of young rural leaders in the province of El Hajeb, Morocco»; en *Revista de Estudios Internacionales Mediterráneos*, 28; pp. 86-103.
- KADIRI, Z. Y ERRAHJ, M. (2015): «Leadership rural au Maroc, entre jeunes et notables»; en *Alternatives Rurales* (hors série); pp. 57-68.
- LÓPEZ CASERO, F. (1988): «La agrociedad mediterránea en una comparación intercultural: permanencia y cambio»; en *Cuadernos de realidades sociales*, 31-32; pp. 143-168.

- MAPMDREF (2020): *Le Plan Maroc Vert. Bilan et impacts (2008-2018)*. Rabat, Ministère de l'Agriculture, de la Pêche Maritime, du Développement rural, des Eaux et Forêts. Disponible en: <http://www.agriculture.gov.ma/fr/publications/plan-maroc-vert-bilan-et-impacts>
- MINISTÈRE DE LA SANTE (1998): *Enquête nationale sur la population et la santé familiale (ENSPSF-1998)*, Projet PAFPAM. Rabat, Ministère de la Santé (Maroc).
- MORENO NIETO, J. (2016): *Mujeres y trabajo asalariado en la agricultura marroquí. Las temporeras de la región del noroeste*. Tesis doctoral, Universidad Autónoma de Madrid.
- PASCON, P. (1980): «La formation de la société marocaine»; en PASCON, P. coord., *Études rurales. Idées et enquêtes sur la campagne marocaine*. Bulletin Économique et Social du Maroc (BESM), nº120-121; pp. 189-212.
- PASCON, P. Y BENTAHAR, M. (1969): «Ce que disent 269 jeunes ruraux»; en *Bulletin Économique et Social du Maroc* (BESM), nº 112-113 (nueva edición 1971, Études Sociologiques sur le Maroc, BESM; pp. 145-287).
- HAUT COMMISSARIAT AU PLAN (2014): *Recensement Général de la Population et de l'Habitat (RGPH)*, Rabat.
- TROIN, J. F. (1975): *Les souks marocains: marchés ruraux et organisation de l'espace dans la moitié nord du Maroc*. Thèse d'État. Aix-en-Provence, Edisud-CNRS-Ministère de l'Éducation nationale.